

LA EVOLUCION ACTUAL DEL MERCADO COMUN EUROPEO

JOSÉ MA. CORREDOR

EL Mercado Común de los Seis (Francia, Italia, Alemania Occidental, Bélgica, Holanda y Luxemburgo) lleva ya más de dos años de existencia y en estos momentos se encuentra ante una fase decisiva. Su creación fue un verdadero milagro; su actuación inicial ha representado un éxito indiscutible, y sus perspectivas actuales, ante el probable ingreso de Inglaterra, no pueden ser más prometedoras, a pesar de que todos los obstáculos no han desaparecido —ni pueden desaparecer en un santiamén, por obra y gracia de una varita mágica.

¿Por qué decimos que la creación de la Comunidad Económica Europea (Mercado Común) fue un milagro? Precisa recordar brevemente el proceso de unificación europea, que empezó a manifestarse después de la Segunda Guerra Mundial. Entonces aparecieron los dos "Grandes", Estados Unidos y Unión Soviética —los dos auténticos vencedores de la contienda—, y ante el cambio de perspectiva, incluso los continentales más legos y más apegados a las tradiciones anquilosadas se percataron de que la multiplicidad de fronteras y barreras aduaneras representaba un obstáculo insuperable para que la técnica moderna, y su corolario, la producción industrial, dieran su pleno rendimiento. Además, subsistía el mal recuerdo del "nacionalismo económico" que predominaba en los años anteriores al estallido del gran conflicto: toda aquella política de acuerdos bilaterales, de inconvertibilidad de las monedas, de contingentes enumerados en los Tratados de comercio, de discriminación de bienes y productos, que los países europeos habían adoptado para hacer frente a las consecuencias de la *great depression* de 1929, y que había culminado, por una aberración casi incomprensible, en el mito de la "autarquía nacional", que tantos grupos y grupitos

fascistas propugnaban en Europa antes de 1939, como una panacea mágica para resolver problemas que exigían, por el contrario, la libre circulación de las mercancías, las inversiones y la mano de obra. Es triste recordar aquel período, que quedará en la historia como un baldón de ignominia ante la incapacidad política y la cerrazón mental que en aquellos años cruciales demostraron los europeos.

Terminada la guerra, se pensó rápidamente en organizar una Federación Europea, que comprendiera por lo menos a las naciones occidentales, ya que era imposible la participación efectiva de las que integraban el bloque soviético. Ese proyecto de federación no contaba, sin embargo, con la resistencia que opondría la devoción secular a las soberanías nacionales, con todo y que las últimas experiencias eran más decepcionantes. ¡Cuán difícil resultaría cualquier construcción orgánica de carácter supranacional! Ello se puso claramente de relieve en el memorable Congreso del "Movimiento Europeo", celebrado en La Haya en 1948 con asistencia de delegaciones importantísimas y representativas de todos los países de la Europa Occidental. Mucho entusiasmo por parte de los oradores, pero también muchas vacilaciones para proponer medidas decisivas. Y sobre todo, en La Haya se patentizó la obstrucción practicada por la delegación británica. No hacía mucho que Churchill se había pronunciado a favor de la unificación europea, pero el viejo estadista se adelantaba a la mentalidad general de su pueblo. En realidad, los delegados ingleses acudían a la capital holandesa para sabotear cualquier proyecto que no fuese simplemente "nominal". Para ellos nada había cambiado, o por lo menos los cambios observados no merecían que se abandonase la sacrosanta tradición británica: mantener a toda costa "el equilibrio continental", la "balance of power", combatiendo a los españoles en el siglo XVI, a los franceses en los siglos XVII y XVIII, a la peligrosa aventura napoleónica, a los ensueños hegemónicos de Alemania en el siglo XX. . . Una unificación continental, aunque fuese con la participación directa de la insular Inglaterra, siempre sería una incógnita aventurada. . .

Como resultado de las indecisiones registradas y de la actitud negativa del Reino Unido, la reunión de La Haya se limitó a proponer que se crease el "Congreso de Europa" organismo que tendría su sede en Estrasburgo y que carecería de toda atribución legislativa y ejecutiva. Este Congreso fantasmagórico estaría compuesto de miembros nombrados, en forma proporcional, por los respectivos Parlamentos nacionales, y su misión —su cómoda misión— consistiría en formular recomendaciones a los Gobiernos, que las archivarían en uno de tantos servicios administrativos. ¡Qué lejos estábamos de un intento verdaderamente

federativo, que presupone la cesión al organismo común y representativo de una parte de la soberanía! La experiencia ha demostrado, como era fatal, la completa esterilidad del Congreso de Estrasburgo. Y aún hay que añadir que en La Haya, en 1948, hubo a última hora la propuesta de Paul Reynaud, en el sentido de que los representantes en el Congreso proyectado no fuesen designados por los parlamentos sino elegidos por sufragio universal en cada uno de los países participantes, a fin de que cuando menos la opinión pública de diversas naciones se acostumbrara a votar y a elegir a diputados "europeos". (Diputados sin funciones específicas, pero de una representación que, en último término, rebasaría los límites de las fronteras nacionales). La delegación inglesa se opuso terminantemente a esta propuesta y hasta llegó a amenazar con retirarse si se sometía a votación.

* * *

Ante el fracaso evidente de poder preparar un "federalismo político", algunas personalidades idearon un "federalismo de instituciones": es decir, crear algunos organismos, de alcance supranacional, sobre cuestiones precisas y concretas, con objeto de llegar más adelante, después de un período más o menos largo de adaptación, a la constitución de instituciones políticas federales. Es necesario citar, a este respecto, el nombre de Jean Monnet, que ha sido seguramente el europeo más clarividente y más notable de la presente generación.

Hay que declarar, en honor a la verdad, que el Plan Marshall contribuyó poderosamente a que ese segundo proyecto más modesto, y por tanto, más factible —pudiera convertirse en realidad. A los organismos que se constituyeron a raíz del Plan Marshall —como la U.E.P. (Unión Europea de Pagos) y la O.E.C.E. (Organización Económica de Cooperación Europea) no se les podía aplicar, es cierto, el calificativo de supranacionales, pero influyeron en forma tal vez decisiva a que desaparecieran las últimas y entorpecedoras supervivencias del nacionalismo económico. El sistema de pagos multilaterales favoreció la recuperación del viejo continente, y los europeos algo informados se dieron cuenta de que la multiplicación de barreras y exclusivismos impedía el gran desarrollo de la producción, la productividad y el consumo que llevaba aparejado la segunda revolución industrial.

Hasta ahora han visto la luz tres instituciones de estructura supranacional y de objetivos federales: la "Comunidad Europea del Carbón y del Acero", el "Eurátomo" y la "Comunidad Económica Europea", más conocida esta última por el nombre de Mercado Común y que quedó

concretada en el Tratado de Roma. La "Comunidad Europea de Defensa" no pudo establecerse debido al voto desfavorable del Parlamento francés. (Quizá hubiera sido preferible, antes de pensar en integrar los ejércitos europeos, esperar a que el éxito del Mercado Común disipara muchas suspicacias; por otra parte, los "europeístas" franceses se equivocaron en aquella ocasión —1944— al no aceptar la fórmula transaccional propuesta por Mendés-France, entonces Presidente del Consejo, ante la hostilidad de la mayoría de la Cámara de Diputados).

De todas formas, la creación de la "Comunidad del Carbón y del Acero" y del "Eurátomo" no presentaba dificultades insuperables. La primera debía incluir a sectores reducidos, aun cuando muy potentes, que ya estaban acostumbrados a competir en los mercados internacionales y que comprendían las exigencias imperiosas de la época actual. El "Eurátomo", por su parte, se refería a la prospección y utilización en común de algo tan reciente como la energía nuclear.

¡Pero el Mercado Común! ¡Abolir en doce años la protección aduanera, y establecer de una manera efectiva la libre circulación de mercancías, capitales, técnicos y trabajadores! ¡Cuántos intereses creados —desde el gran industrial al pequeño comerciante y al modesto agricultor— podían sentir el temor justificado de que se verían perjudicados! ¡Cuántos celos y cuántas aprensiones ha sido necesario vencer para romper los moldes tradicionales, que llevaban siglos de existencia! Y más en nuestros días en que las asambleas parlamentarias son débiles y vulnerables y el verdadero poder reside en muchos casos en los llamados "grupos de presión". Ha sido una verdadera suerte que, en los países interesados, los dos grupos políticos más numerosos, la social democracia y la democracia cristiana, fuesen partidarios de la integración europea, así como que en las grandes empresas se ejerciera la influencia de la "managerial revolution" de que había hablado James Burnham; es decir, que las decisiones y las iniciativas ya no incumben al clásico accionista, sino a toda la gama de técnicos y expertos que no ignoran la necesidad y las ventajas de la concentración industrial.

Los resultados de la C.E.E. (Comunidad Económica Europea), con sólo dos años de actuación —de un principio de actuación— han sido los que cabía esperar ante la ampliación de los mercados, el dinamismo acrecentado de los productores y las nuevas posibilidades ofrecidas a una técnica que está en constante evolución.

Tomemos el ejemplo de Francia, país que desde la entrada en vigor de las disposiciones del Tratado de Roma —1º de enero de 1959— se ha encontrado con el *obstáculo* de la guerra de Argelia. Pues bien, las importaciones francesas procedentes de los países de la C.E.E. han

pasado del 32.2% del total general en 1958 al 38% en 1960, y las exportaciones francesas hacia los mismos países, del 35.4% al 42.6%. En dos años (1959 y 1960), las importaciones de Francia provenientes de los países del Mercado Común han aumentado en un 50%, y las exportaciones destinadas a estos países, en un 75%.

En el momento en que escribimos este trabajo, la Oficina Estadística de las Comunidades Europeas acaba de publicar los últimos resultados obtenidos: los intercambios comerciales entre los seis países del Mercado Común —prescindiendo de los intercambios exteriores— han alcanzado la cifra de 2,800 millones de dólares en el primer trimestre de 1961, o sea que se ha registrado un aumento del 15% en relación con el período correspondiente del año anterior.

Reviste una importancia excepcional que los problemas de estructura motivados por la aceleración del progreso técnico se planteen en el momento en que empieza a realizarse el Mercado Común. Citemos el ejemplo de la automatización, que modificará profundamente la producción industrial y que ha constituido el tema de los debates de la última reunión, celebrada en Turín (mayo de 1961), de la "Asociación para el estudio de los problemas de Europa." En esta reunión, el señor Pierre Neville manifestó que el extraordinario aumento de la productividad, derivado de la automatización en ciertas industrias, creaba tal problema para la salida de las mercancías que los empresarios se veían obligados, con objeto de evitar existencias demasiado cuantiosas, a hacer funcionar las nuevas máquinas día por otro. Si actualmente se observa en los Estados Unidos, siguió diciendo el señor Neville, una crisis en el desarrollo de la automatización es precisamente porque no se han atendido las armonizaciones y ha surgido una desproporción entre los diversos campos de acción, el de la producción y el de las necesidades. La administración americana se ha dado cuenta de ello y acaba de crear algunos organismos federales que constituyen el embrión de un ministerio de la automatización, que ya existe en la Unión Soviética.

El señor Henri Jannes ingeniero general de telecomunicaciones, mencionó el caso de la *Régie Renault* y declaró que cuando se pasa de las máquinas ordinarias a las máquinas automáticas, la productividad en el taller suele verse multiplicada por un coeficiente que varía entre quince y veinte; en el plano general de la fábrica, ese coeficiente es del orden de cinco. "Se admite generalmente, añadió el señor Jannes, que en la economía de los países modernos la productividad se ha incrementado durante todo el siglo diecinueve y la primera mitad del siglo veinte a un promedio anual que los más optimistas evalúan en un tres por ciento. Ahora bien, para que un crecimiento del tres por ciento

anual de una multiplicación por cinco se necesitan cincuenta y cuatro años." Por consiguiente, en un solo año la automatización permite en determinadas industrias los efectos de medio siglo de progresos tradicionales.

Los congresistas convinieron en que la influencia de la automatización será cada día más pronunciada en el mercado del trabajo —con los consiguientes traslados de mano de obra entre las firmas, entre las regiones, entre los distintos países—, en la formación profesional, en la existencia de las pequeñas empresas, en las necesidades de los consumidores, así como en que "Europa ofrece su verdadero marco a la automatización al crear las condiciones de un consumo de masa, y por lo tanto de una producción de masa. Las inversiones serán más rentables con la libre circulación de los capitales y de la mano de obra. Pero para evitar trastornos sociales, son absolutamente necesarias tanto la coordinación como la previsión a largo plazo."

* * *

Las consecuencias en el plano psicológico no son menos importantes. En unos pocos años ha cambiado la mentalidad del "hombre de negocios" europeo, reacio a la concentración y que confiaba ante todo en la sombra tutelar e inmovible del proteccionismo. Sin el acicate y los temores —ambos coexistían— del Mercado Común, esa transformación psicológica hubiese sido inconcebible. Oigamos lo que dice el señor Alain Murcier, en un artículo publicado en *Le Monde* (25-v-1961) acerca de la industria mecánica francesa: "La profesión (la industria mecánica, se entiende) reaccionó vigorosamente hace dos años. En el plano de la busca de la calidad, se decidió por fin, después de algún tiempo de tergiversaciones, a instalar centros de investigación técnica para las numerosas ramas de la mecánica que todavía no las poseían. El conjunto dispondrá de un centro profesional dotado de amplias atribuciones.

"En materia de inversiones, la profesión se inclina por la creación de medios de financiamiento colectivo. Mientras una agrupación de industrias mecánicas (Simeca) emite en el mercado, desde hace tres años, empréstitos destinados a las grandes empresas orientadoras, desde hace unos meses se llevan a cabo esfuerzos obstinados para ayudar a las empresas pequeñas y medianas más dinámicas, cuya expansión tropieza con la falta de recursos financieros propios. Una sociedad creada recientemente (Sofimica) tomará participaciones, en principio minoritarias, en las mencionadas empresas, al paso que otra sociedad

(Tefica) les servirá de centro de estudios, y si fuera necesario, les proporcionará créditos. Mediante este procedimiento la profesión espera que sigan el camino de la especialización y la concentración numerosas empresas familiares, que muy a menudo prefieren seguir vegetando e incluso morir en la libertad antes que atravesar el Rubicón.

“Actualmente este movimiento ineluctable de concentración no hace más que empezar. De fusiones completas o parciales, de filiales comunes, de acuerdos de difusión comercial, de sociedades de estudios y de agrupaciones de exportación, por el momento sólo existen algunas docenas de ejemplares, a título de prueba. Pero parece ser que cuando se haya dado el impulso, la “coagulación” de las empresas será muy rápida.

“(. . .) En resumen, la aplicación del Mercado Común todavía no se refleja mucho en las estadísticas —a pesar de que la cifra de negocios haya aumentado en un 15% en dos años— pero sí de manera ya muy pronunciada en las ideas y la actuación de los industriales de la mecánica. Estos se ven impulsados y orientados por una organización profesional que ha reforzado su estructura sindical y ha hecho aceptar a sus socios la nueva necesidad de la acción colectiva en materia de información, de financiamiento, de investigación técnica, de prospección de los mercados exteriores. La curiosidad de los “mecánicos” por sus colegas franceses y extranjeros es tan viva como nueva; aún no se traduce por pequeños y grandes *casamientos* como en otras industrias, pero en dos años se ha recorrido un camino enorme. Se está creando un estilo nuevo, que irá afirmándose cualesquiera que sean las posibles evoluciones del Mercado Común.”

Sin embargo, el acontecimiento más trascendental que ha ocurrido en estos últimos tiempos en lo relativo al Mercado Común ha sido, sin duda alguna, el anuncio de la probable entrada de Inglaterra en el mismo. ¡Este sí que es un cambio “histórico”! Recuérdese lo que hemos dicho sobre la actitud de los representantes ingleses en el Congreso de La Haya. Desde entonces la posición británica no había variado; fiel a su insularismo y a la tradición —hoy día inoperante— del “equilibrio continental”, Inglaterra había organizado la “Asociación de Libre Cambio”, integrada por siete naciones, y había realizado toda clase de gestiones diplomáticas al efecto de impedir, o cuando menos obstaculizar, la entrada en vigor del Tratado de Roma. No obstante, ante los resultados conseguidos por la C.E.E. y los graves peligros que entrañaría el aislamiento cuando ésta aplicase, a los intercambios exteriores, las tarifas comunes, el empirismo inglés nos ha

asombrado de nuevo por su flexibilidad y ha cambiado radicalmente de actitud.

En los momentos actuales, se percibe claramente que la adhesión británica sólo es una cuestión de tiempo. Se necesitarán acuerdos especiales para proteger la agricultura inglesa y armonizar los intereses del "Commonwealth", pero el Tratado de Roma ya prevé para las fases iniciales las "cláusulas de protección". Ultimamente, el señor Woodrow Wyatt, diputado laborista, al propugnar el ingreso de su país en el Mercado Común —"la participación en la gran aventura europea" (*sic*)— declaraba que dentro de diez años "esta asociación será más poderosa que Rusia o América".

Si esta última afirmación es discutible, no lo es que una vez más se ha demostrado que una gran transformación histórica requiere aquel "ánimo audax" que prescinde de intereses consagrados y prestigios venerables, se impone a los timoratos, no se ofusca sobre las realidades presentes y afronta resueltamente la incógnita del porvenir. Y cuando se trata de una incógnita vital, la seguridad no puede darse nunca por descontada. Hay que atravesar el Rubicón... sin mirar hacia atrás como hacía, nostálgicamente, la mujer de Lot.